

La Sombra Escarlata

Emmanuel P



Capítulo 1

La Sombra Escarlata

Pinky se movía de aquí allá, siempre diligente en sus labores dentro de la fortaleza, atravesando pasadizos y recovecos que solo ella conocía. Parecía un ratón en aquel castillo, no por su cuerpo menudo y su textura achaparrada, sino por sus pasitos cortos, rápidos y silenciosos con los que se desplazaba.

La mujer sabía todos los secretos del lugar, y también los de aquellos que lo habitaban, o lo habían habitado alguna vez; pues Pinky estaba allí prácticamente desde la fortaleza abrió sus puertas por primera vez.

En los tiempos en que el castillo aún era joven, Pinky había entrado en servicio como una simple ayudante de cocina. Desde aquel entonces, la fortaleza había cambiado de manos en reiteradas ocasiones, pero con el excelso desempeño en sus tareas, Pinky ganaba rápidamente la estima de cada nuevo señor que tomaba posesión de la fortaleza. El sentimiento no siempre había sido recíproco, muchas veces ella consideraba indigno de aquel palacio a algún que otro señor, pero gracias a su astucia, la mujer lograba mantener ocultos sus pensamientos y deseos más oscuros.

Los años habían surcado el rostro de Pinky con profundas arrugas y cubierto de nieve el negro de su largo cabello. Pero acompañando cada cana y cada arruga, vino alguna nueva responsabilidad, un nuevo puesto. Para aquel entonces, la mujer ostentaba el título de ama de llaves del castillo, y Ser Pyahu, El Señor de aquella época, tenía tanta confianza en ella, que también le delegaba parte de la educación de sus hijos.

Ser Pyahu era un hombre bondadoso, honesto, sabio y generoso; muy diferente a sus predecesores. Lamentablemente, la educación de sus hijos no siempre le resultaba una tarea sencilla, especialmente después de que la madre de los niños hubiera fallecido por una enfermedad intestinal, un par de años atrás. Desde entonces, los pequeños veían a Pinky como una figura materna, y ella cumplía aquel rol con alegría, pues nunca tuvo descendencia propia. Había perdido a su prometido cuando era joven, y desde entonces, no volvió a enamorarse y se mantuvo casta.

Aquella noche, Pinky recorría el pasillo meridional del torreón principal en dirección hacia los aposentos del joven Gary, el más pequeño de los hijos

de Ser Pyahu.

Cuando llegó a la entrada de la alcoba, encontró la puerta estaba abierta, y frente a ella, una antorcha ardía contra la pared del pasillo. La llama crepitante, oscilaba y proyectaba un lúgubre resplandor que danzaba contra los oscuros bloques de basalto que conformaban la gruesa pared.

En la alcoba, Gary aguardaba en su lecho, arropado entre unas mullidas mantas de piel de oso.

Gary era un niño alegre, extrovertido y particularmente curioso. Le encantaba que la anciana le relatara anécdotas divertidos, leyendas heroicas, y sobre todo, mitos de terror. Jamás conciliaba el sueño sin antes escuchar alguno de los cuentos de Pinky.

– ¡Ahí estas! – dijo el joven Señor cuando vio ingresar al ama de llaves
– ¿Qué historia me contarás hoy?

– Ya es tarde. Tu padre me envió a decirte que debes dormir inmediatamente.

– ¿Qué? – el niño la escudriñó con sus profundos ojos del color cielo
– ¡Vamos! ¡Solo una!

– Solo una... – contestó Pinky, que jamás podía resistirse a aquella mirada.

El ama de llaves se sentó en un taburete junto al lecho del joven, hizo una pausa de suspenso y comenzó su historia.

– Érase una vez, una bella sacerdotisa que moraba en el templo del sol.

>> Como cobre bruñido brillaba su piel morena, como oro puro resplandecían sus risos dorados, y como la luz de un faro reverberaba su adoración por Tupak, el Dios del Sol.

>> Tal era la veneración que la sacerdotisa profesaba hacia el astro del cielo, que estaba convencida que podría alcanzarlo, tocarlo, acariciarlo. Un día trepó un árbol, estiró sus brazos hacia el cielo, en dirección al sol, pero no lo alcanzó. Otro día, subió a lo más alto de una torre, estiró su brazo, pero tampoco lo alcanzó. Finalmente escaló una montaña, y veinte días le llevó aquella empresa; desde la cima estiró un brazo, pero aún así, no lo alcanzó.

>> Conmovido con la devoción de la sacerdotisa, Tupak derramó una pequeña lágrima dorada, y cuando la gota tocó el suelo, de ella nació una hermosa planta. Esbelto era su tallo, como corazones eran las formas de sus hojas y bella como la sacerdotisa era su flor: un disco bronceado rodeado de pétalos dorados. La mujer interpretó aquello como un

obsequio de Tipak, lo llamó girasol y se pasó la vida cuidando y adorando a la planta.

>>Después de muchos años, cuando llegó la hora culmine de la larga y apacible vida de la sacerdotisa, Tupak volvió a apiadarse de ella, y enlazó su espíritu con el de la bella flor.

>>Desde entonces, y hasta el fin de los tiempos, el girasol contempla y contemplará al astro de fuego en su paso por el cielo, inclinando su tallo de un lado al otro para seguir su trayectoria.

-¡No me gustó! - Chilló Gary.

- ¿No? Pero si te encantan mis leyendas -contestó la anciana con voz suave.

- A mí me gustan las historias de miedo ¡Cuéntame una de fantasmas!

- Dijimos solo una -dijo la anciana frunciendo el ceño.

-¡Pues esta no cuenta! ¡Es una historia para niñas! ¡Cuéntame una de espíritus! -insistió el niño.

-Sabes que tu padre no quiere que relate ese tipo de historias.

-No le diré nada -prometió el niño, mostrando una sonrisa cómplice y picaresca.

-Está bien -dijo Pinky, resignada y suspiró profundamente -una de espíritus y luego a dormir. ¿Sí?

-¡Si!

-¿Has escuchado hablar sobre el alma en pena que habita este castillo?

-preguntó en tono misterioso.

- No...

- Bueno, pues de eso va esta historia:

>>Hace muchos años, el legítimo dueño de todas estas tierras era un noble señor llamado Elroy. Excepto por sus cálidos ojos dorados, no era muy apuesto: tenía cara regordeta, cabellera risada color caoba y bigotes colorados que se enrulaban en las puntas. Aún así, las doncellas más hermosas de la comarca buscaban su favor, pues era un hombre rico y poderoso; pero él, a todas las rechazaba, su corazón ya tenía dueña. Se trataba de una joven plebeya, que tampoco destacaba por su belleza, pero su astucia lo compensaba todo. Baja era su estatura, pero elevada

era su sagacidad; rústicas eran sus manos, pero delicada era su sonrisa. Y su voz, ah su voz... era tan dulce y melodiosa que el canto de las aves parecían opacarse ante su presencia.

Elroy y su encantadora doncella se enamoraron, se comprometieron, y planificaron una vida feliz, apacible y colmada de hijos.

>>Antes de casarse, Elroy decidió que debía edificar un castillo más grande y más seguro para así poder concretar sus sueños de la gran familia y la vida tranquila.

>>Buscó a un constructor muy afamado en la zona y le encargó construir el castillo más grande y mejor guarnecido de la región.

>>Y así fue.

–¡Esta historia tampoco es de fantasmas! –interrumpió Gary –es solo otra de esas tontas historias románticas.

– Siempre tan impaciente... Aún no termina –la anciana hizo otra pausa, esta vez el silencio fue más tenso y prolongado.

La mujer se cerró los ojos y se quedó inmóvil un instante. Su arrugado rostro lucía áspero y reseco como la corteza de un abedul. La tenue y movediza luz de la antorcha ingresaba a través de la puerta abierta, y proyectaba sombras en la pared que bailaban con apariencia espectral.

Pinky continuó el relato sin abrir los ojos. Esta vez, su voz que solía ser cálida y dulce, dio paso a un tono más tétrico y pausado.

>>Quinientos días y quinientas noches trabajó sin cesar el constructor para erigir esta fortaleza. El resultado fue un castillo como ningún otro alguna vez visto: un lugar con murallas impenetrables para cualquier intruso, lleno de pasajes secretos, caminos laberínticos, y trampillas en el suelo que culminaban en terríficos fosos de profundidad incalculable.

– Para sorpresa de Elroy, el constructor resultó ser un hombre malvado, taimado y cruel. Cuando el castillo estuvo finalizado, se encerró en el interior y se proclamó Señor de las tierras.

>>Elroy estaba enfurecido. Sin dudar un instante, desenfundó su espada y se adentró a la fortaleza en busca del usurpador. Pero los pasajes y caminos le resultaron tan complejos como la trama de la red de una araña, el noble se extravió y jamás fue capaz de encontrar ni al constructor ni la salida. Muchos piensan que cayó en alguno de los fosos trampa, otros dicen que quedó vagando en el lugar día y noche hasta que

finalmente pereció por inanición. Nadie lo sabe con certeza.

>>Pero algo es seguro.

>>Su espíritu sigue rondando los pasajes del castillo, buscando al usurpador, lleno de odio; buscando con insaciable sed de venganza. Cuenta la leyenda, que ahora su cabello se transformó en ardientes llamas rojas, que sus ojos son doradas antorchas refulgentes de odio y que de su nariz y boca despiden fantasmales volutas de humo rojizo.

>>Llamas, fuego, fuego y humo.

>>La sombra escarlata lo llaman, y dicen que no descansará mientras personas indignas habiten su palacio.

– ¿Tu lo has visto? –Gary parecía temblar, tenía los ojos abiertos como platos.

– No... Pero hay más –contestó Pinky, en un tono aún más sombrío.

>>Solo un año después de la muerte de Elroy, el constructor perdió la vida por una enfermedad extraña y repentina. No tenía herederos, así que el rey asignó estas tierras y el castillo a otra familia noble.

>>Tres años más tarde, la familia entera de los nuevos propietarios se extinguió, su apellido ha muerto en el olvido. Algunos fallecieron en accidentes trágicos; otros tantos, por afecciones extravagantes; y el cabeza de familia sufrió un asesinato macabro.

>>Así fue sucediendo una y otra vez, nuevas familias se alzaron como señores del casillo, y la historia se repitió. Ningún Señor ha gobernado aquí por más de siete años... –el ama de llaves abrió los ojos de repente, y una luz fatua pareció centellear en sus pupilas.

– ¿Le pasará algo a mi papa? –ahora el niño temblaba bajo sus mantas de pieles, como si un frío glacial azotara su cuerpo, y sus ojos al borde de las lágrimas, parecían un lago brillando bajo la luz del sol.

– No pequeño. Es solo una tonta historia, no le pasará nada a tu padre ni a ti –Pinky sonrió dulcemente tratando de tranquilizar al niño –¿Ves? Por eso a tu padre no le gusta que te cuente este tipo de cuentos.

–No tengo miedo –dijo el niño, pero su voz era entrecortada.

La anciana se incorporó y le dio un beso en la frente.

–Bueno, ¡Hora de dormir! –dijo la mujer y se dirigió a la puerta dando

pasitos cortos.

– ¡Pinky...! ¿Puedes dejar la puerta abierta y la antorcha de afuera encendida? – dijo Gary.

La mujer dio media vuelta y sonrió nuevamente.

– Claro corazón – contestó con voz suave, y luego se marchó.

Pinky caminó nuevamente por los pasillos, sus pisadas no producían sonido alguno sobre la mullida alfombra color sangre.

Se dirigió a sus aposentos, pues ya había terminado todos sus quehaceres y era hora de descansar.

Su alcoba era un recinto bastante grande y se encontraba muy bien amoblada para alguien de la servidumbre, pues Ser Pyahu trataba a la anciana como un miembro más de la familia. La estancia tenía su propio cuarto de baño, un amplio vestidor, y un enorme ventanal con balcón que daba una hermosa vista hacia los jardines internos del castillo. En el centro de la alcoba había una antigua cama de madera tallada y bien ornamentada, coronada con un dosel de seda rosa; contra la pared meridional había un gran armario donde, aun guardando todos sus atavíos, sobraba la mitad del espacio; en la cara septentrional había un pequeño escritorio de roble junto a una repisa; y contra la pared occidental se encontraba un aparador cerrado con candado, donde guardaba sus posesiones más valiosas.

Cuando la mujer entró a la alcoba, tomó la llave del aparador, que pendía de una cadenita colgada en su cuello. Se acercó al mueble con pasitos rápidos y lo abrió. En el interior había unas cuantas joyas y un montón de frascos llenos de sustancias con colores estridentes. Entre las alhajas destacaban un hermoso relicario dorado y un anillo de oro adornado con un rubí.

Recogió el relicario, lo contempló con nostalgia por varios segundos y luego lo abrió. Adentro, tenía un pequeño retrato pintado finamente en óleo. Era el rostro de un joven de cachetes rellenos, con ojos dulces y dorados como la miel, cabello rizado de color bermellón y elegantes bigotes que formaban prolijas volutas en los extremos.

Pinky le dio un beso a la imagen y cerró el relicario.

Suspiró profundamente con la vista clavada en las pócimas.

Tomó uno de los frascos y lo destapó. Contenía un líquido espeso de un dulce color rosa.

<<Dulce sueño>> pensó.

Ya era hora de descansar, había terminado todos sus quehaceres.

Bebió el contenido del frasco de un solo trago. No tenía sabor.

Se dirigió a la cama, se recostó. Sonrió dulcemente y cerró sus ojos.